Reseña de libros

Escribe: ANTONIO PANESSO ROBLEDO

A THOUSAND DAYS: John F. Kennedy in the White House.—Por **Arthur M. Schlesinger Jr.**—André Deutsch, Ltd. Russell St. London.

"En el siglo XIX", escribe André Malraux, "la lucha de los Estados europeos era monarquía vs. república; pero el dilema verdadero era capitalismo contra proletariado. En el siglo XX, la lucha aparente es capitalismo vs. proletariado. Pero el mundo ha evolucionado: ¿cuál es el verdadero dilema en nuestro tiempo?". Kennedy contestó: el verdadero dilema en nuestra época no es capitalismo contra proletariado sino el manejo de una sociedad industrial: un problema que no es de ideología sino de administración.

Es este uno de los muchos planteamientos que ha recogido Arthur M. Schlesinger en su obra espléndida *(A Thousand Days, John F. Kennedy in the White House,* edición norteamericana e inglesa) sobre el personaje más apasionante de nuestro siglo si se le considera, a la manera byroniana, como un héroe víctima de un drama. Los libros sobre el presidente asesinado son ya innumerables. Pero es seguro que solo dos o tres quedarán como obras básicas para el estudio de su personalidad, de su obra y de sus ideas en la historiografía del futuro, en la cual sin duda figurarán también hipótesis innumerables sobre conspiraciones, oscuras maquinaciones y misteriosos personajes que se esconden detrás de su muerte. El libro de Schlesinger, que fue su historiador y consejero, será sin duda la fuente inmediata más fidedigna y completa, concebida además a la manera de las grandes realizaciones que ya ha hecho el autor con los personajes de la historia norteamericana, como Jackson y Roosevelt.

Las circunstancias de su vida y de su muerte tienden a convertir a Kennedy en un personaje idealista, en el sentido que se le daba al vocablo en el lenguaje del siglo XIX. Como gobernante, sin embargo, y hombre político, fue casi fríamente realista, un discípulo de la escuela pragmática que tuvo tanto que ver en la formación de la cultura de su país. Durante la guerra salvó la vida de un compañero, arrastrándolo en el mar con un cinturón del uniforme en los dientes, hazaña increíble. Pero ello no fue obstáculo para que en la vida política estuviera mucho tiempo en una posición algo equívoca con respecto a los derechos civiles de los negros y no se entusiasmara más de la cuenta con las ruidosas campañas de los grupos liberales en defensa de las minorías. Pero la razón no era indife-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

rencia ante el problema ni mucho menos actitud aristocrática conservadora sino sencillamente política: no creía en el sistema adoptado. Y cuando tuvo que enfrentarse a la presión en el congreso de los demócratas del Sur, contra los derechos civiles, prefirió dejar el problema para más tarde y hacer pasar otro tipo de legislación, tan progresista como la otra, pero con más probabilidades de ser votada por la mayoría.

A la postre, no obstante, fue Kennedy el campeón de los derechos civiles, con un valor que no mostraron muchos liberales en épocas anteriores. Se trataba de un problema mixto, de política y moral. En los asuntos internacionales demostró aun más su extraordinario sentido de la realidad, el conocimiento de los hombres y la aguda percepción de la historia, todo ello inesperado en un hombre que no llegó a cumplir el medio siglo.

Para Schlesinger, la faena política interna de Kennedy se quedó trunca. Apenas llegaba al tercer año de su administración, y sus propósitos eran, naturalmente, presentarse a la segunda candidatura, que habría ganado mucho más fácilmente que la primera, según todos los cálculos que pueden hacerse ahora, prescindiendo naturalmente de lo imprevisible, como fue el atentado y su muerte trágica. Pero en el campo internacional logró prácticamente cambiar el mundo. A él se debe el enfrentamiento más dramático y eficaz que haya tenido conductor político alguno de Occidente con un jefe de gobierno soviético, a raíz de la crisis de los cohetes en Cuba. Cometió, antes de los cien días de su gobierno, el grave error de la invasión a la Bahía de los Cochinos. Pero no trató nunca de excusarse ante el mundo ni ante sus electores, atribuyendo la equivocación a las fuerzas armadas o a sus consejeros. Tomó sobre sí toda la responsabilidad y le dio la vuelta al problema, convirtiéndolo en una victoria posterior, como lo hacen los grandes hombres de Estado.

Kennedy, como los Césares, tuvo la fortuna para la historia de tener a su lado a quien habría de escribir su biografía, ya que él mismo murió demasiado joven para escribir sus memorias. Schlesinger ha hecho esa faena, con enorme competencia y el calor humano de una gran amistad.

* * *

A HISTORY OF POLITICAL THEORY—Por **George H. Sabine**—Holt, Rinehart & Winston. New York. 3ª edición.

Las teorías políticas forman parte de la política misma. Es una verdad casi evidente que sin embargo tienden a ignorar los políticos de profesión, para quienes la política es sencillamente el medio de alcanzar un fin, el poder. Intelectualmente, uno de los deportes más amenos consiste en rastrear los orígenes, a veces inesperados, de las doctrinas políticas, en los partidos domésticos, en los movimientos internacionales y en las grandes figuras de la historia que en ocasiones se mueven por factores históricos inconscientes. Esa tarea la ha realizado George H. Sabine en una obra ya clásica (*A History of Political Theory*, Holt, Rinehar & Winston, New York, tercera edición), que comienza con el análisis de la Ciudad-Estado griega y termina con el fascismo y el nacional socialismo de nuestra época.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Sabine, profesor de teoría política en universidades norteamericanas, hace un trabajo dificilísimo: conseguir objetividad cuando se exponen las opiniones humanas sobre la organización del Estado, que a su vez han desatado las divisiones sociales más violentas en la comunidad occidental, incluyendo las guerras. Hay nociones políticas tan elementales como el liberalismo, que todavía es confundido lamentablemente, incluso en tratados escolásticos y en discursos de gentes aparentemente informadas, con actitudes puramente económicas, como el *laissez faire*, cuando no se le atribuyen el anticlericalismo, la francmasonería, la quema de iglesias y las persecuciones a los mártires del Japón. Este tipo de ignorancia fue muy común hasta hace poco en los grupos conservadores dirigidos por la Iglesia en los países hispánicos y aún perdura en ciertas zonas regresivas.

Precisamente la "modernización del liberalismo" es uno de los capítulos más interesantes, añadidos a esta edición, para aclarar conceptos frecuentemente mistificados en las polémicas de partido. Como el lenguaje de la política militante es siempre más emocional que intelectual, las afirmaciones sobre los partidos suelen contener más humo que luz. Y sucede frecuentemente, como en Colombia, que se contraponen artificialmente conceptos que en realidad no son opuestos, sino sencillamente distintos, como "conservatismo" y "liberalismo". Los ingleses han superado el problema con una concepción más exacta, atribuyendo al viejo liberalismo una doctrina socialista liberal, el "laborismo" y al antiguo conservatismo una plataforma que en realidad se acerca más a la concepción liberal del siglo pasado, o sea que realmente "conserva" una tradición británica, nacida con teorías puramente abstractas a veces, como las de Hume y Locke, o en lucubraciones económicas, como las de Ricardo y Adam Smith.

El marxismo, que se presta a tantas actitudes irracionales, es admirablemente expuesto en el libro de Sabine, tanto en sus orígenes filosóficos, enraizados en la teoría hegeliana, como en los elementos introducidos por Marx, dentro de una concepción global que hace de su doctrina uno de los pilares del pensamiento humano en el siglo XIX, como el darwinismo en la filosofía natural y el freudismo en el campo del espíritu. Marx trató de construír un "socialismo científico", como lo llamó él mismo, en contraposición al "utópico" de su tiempo. La historia ha venido a demostrar que la desaparición del Estado después de la dictadura del proletariado es una utopía perfectamente comparable a aquella contra la cual luchaba el propio Marx, sin que ello prive de valor la concepción de la economía como una combinación de historia y análisis. Pero Marx era ante todo un pensador, no un hombre de acción política. Su teoría, como tal, se somete a la prueba de la historia, es ella misma un producto de la historia. Y aunque teóricamente materialista, fue inspirada por una actitud altamente humanista, en una de las mentalidades más completas de su tiempo. Otra cosa es que su doctrina, incompleta por cierto, trate de convertirse en una nueva religión, intolerante y dogmática. La única manera de comprender los fenómenos de nuestro tiempo es buceando en el pasado el origen y extraña historia del pensamiento político, que se mezcla confusamente con las especulaciones más nobles del espíritu humano y también con sus prejuicios, intereses y supersticiones.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.